

la empresa". La autora describe el proceso de introducción del hospital en la *medicina de la fuerza laboral* en Antioquia, destacando que su importancia fue tan grande en el funcionamiento eficiente de la empresa, que hubo necesidad de hacerlo crecer hasta el establecimiento de una organización compleja que demandó una mayor y más decidida atención, hasta convertirlo en 1896 en uno de los mejores hospitales del país.

cién incorporada teoría pasteuriana de los microbios como causantes de las enfermedades.

Este excelente ejercicio de la historiadora Libia Restrepo devela la importancia del departamento médico del Ferrocarril de Antioquia, que fue posible gracias al respaldo de una empresa que contó siempre con los recursos necesarios. El resultado histórico de esta experiencia es el surgimiento de una nueva

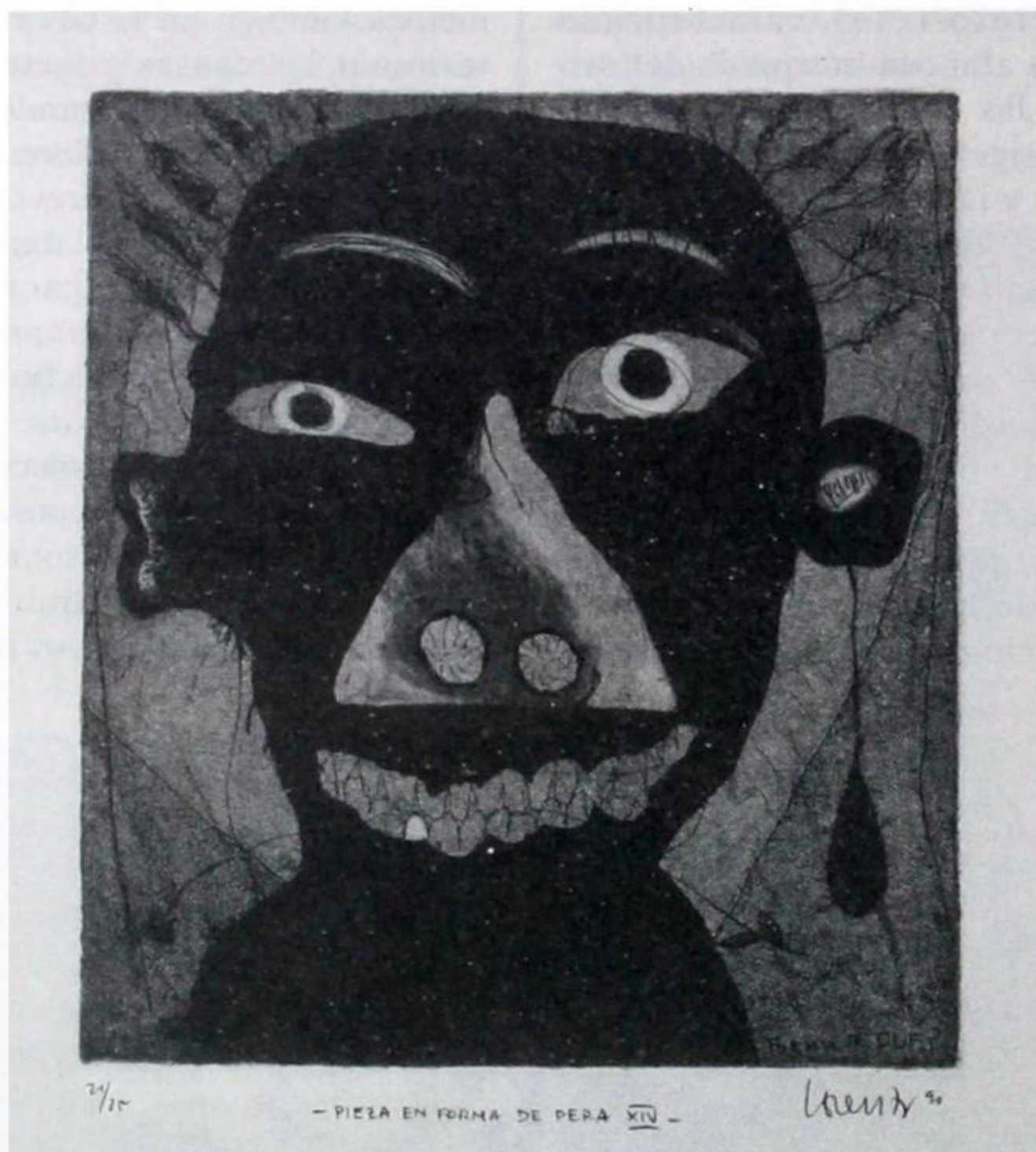
gran variedad de elementos que enriquecen desde todo punto de vista la historia social de la región.

ÁLVARO CASAS ORREGO  
Profesor, Departamento de Historia  
Director, Grupo Historia de la Salud  
Universidad de Antioquia

## God shave the King

**La historia política hoy.  
Sus métodos y las ciencias sociales**  
César Augusto Ayala Diago  
(compilador)  
Universidad Nacional de Colombia,  
Bogotá, 2004, 421 págs.

Nombro esta reseña compartiendo el humor del novelista Ramón J. Sender (*La aventura equinoccial de Lope de Aguirre, Billy the Kid*) y aludiendo al título del bien escrito y documentado libro magistral, en el sentido de que enseña incluso una tesis distinta, divergente a la sostenida de manera explícita por el autor en el texto, de John Phelan, *El pueblo y el rey. La Revolución Comunera en Colombia, 1781*, original en inglés, *The People and the King*, traducido por Hernando Valencia Goelkel en fina edición de Carlos Valencia Editores (Bogotá, 1980). Este libro aparece citado en un capítulo, o ponencia, del texto que reseño, presentada al Seminario de historia política (mayo de 2002) en la Universidad Nacional sede Bogotá, por Ingrid Johanna Bolívar (Cinep/Uniandes), acerca de la "interacción histórica entre política y cultura" (pág. 361). En la mayoría de las catorce ponencias sobre este tema que aparecen en el libro, y en el mismo libro de Phelan, nos parece que el rey encabeza la procesión, un rey desnudo (Hans Christian Andersen: los sastres del rey le han hecho un intrincado y laborioso vestido tejiendo hilos invisibles, y así desnudo lo porta ostentoso a los ojos del niño *asombrado* que exclama),



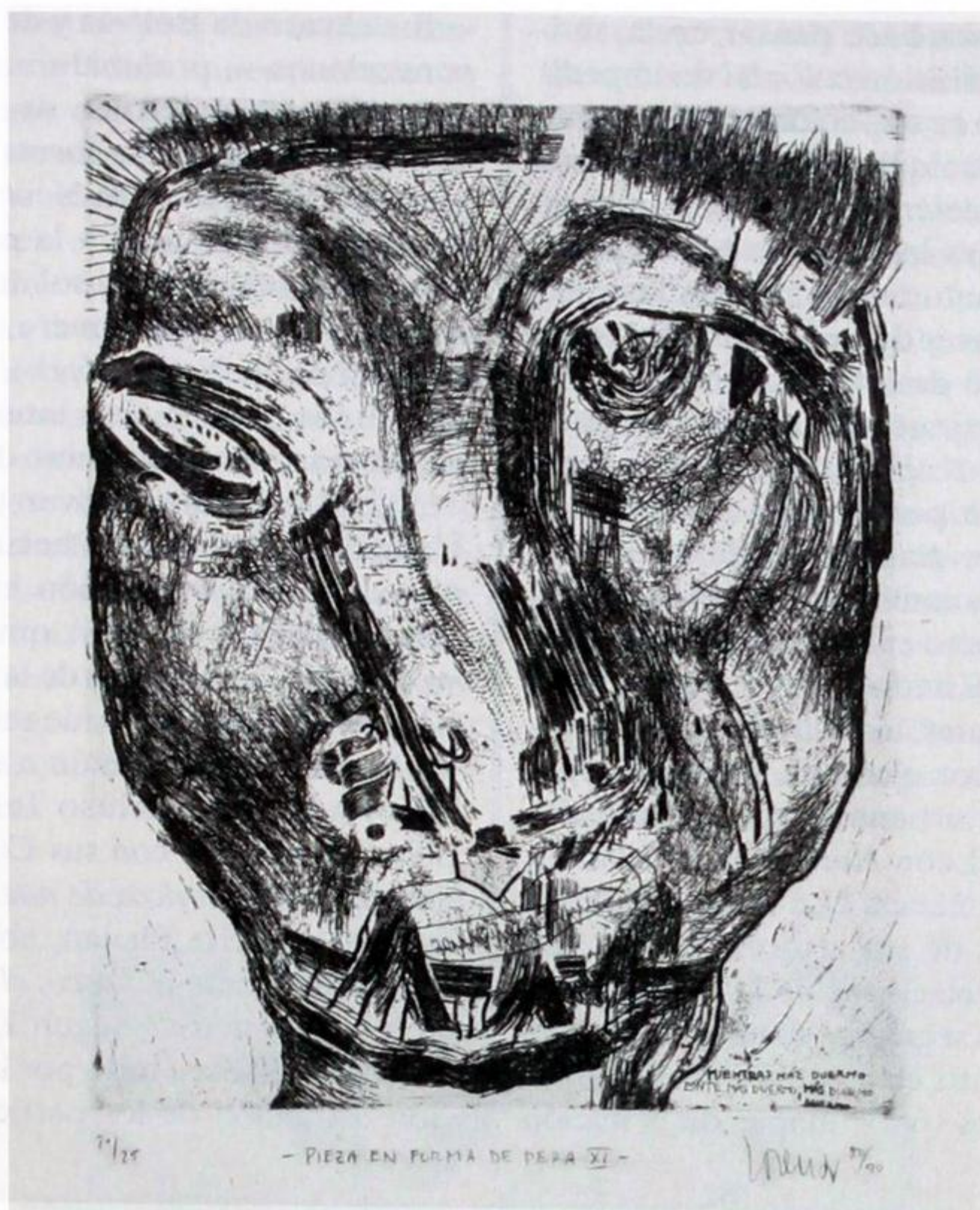
El texto evidencia diversos momentos de la medicina antioqueña visibles en el departamento médico, donde la práctica médica sentó las bases de la *medicina de la fuerza laboral* que se generalizará posteriormente con el avance de la economía industrial, no sólo en Antioquia sino en todo el país. La principal característica de esta *medicina laboral* fue, según la autora, la asistencia constante al trabajador para garantizar su productividad. Al mismo tiempo, el texto da cuenta de la transición del discurso médico que se apoyaba en las teorías neohipocráticas, a una nueva medicina que enfrentaría el acecho de la enfermedad con la re-

forma práctica de la medicina más preventiva, que del "no dejar morir" transitó el camino hacia el "no dejar enfermar".

La noción de relación 'costo-beneficio' seguirá presente en la estrategia empresarial, pero se acompaña con la recién adquirida noción de prevención, de un impacto marcado en las políticas de control de la población de obreros.

Estamos, pues, frente a un libro que hace una contribución a los estudios regionales desde una perspectiva novedosa, en la que el acento se pone en el análisis de la historia de la salud y la salud pública en Antioquia, sin que se logre perder el relato de





un rey desnudo va, pues, delante del pueblo y le da sombra, al pueblo sujeto, no en el sentido de constituido, o por constituirse, sino en el sentido de anudado, investido, sojuzgado y borrado, desplazado, empero latente, virtual, en el sentido de no-actual. La primera parte, de tres, en este interesante libro de Phelan (con prefacio del propio autor escrito en Madison, Universidad de Wisconsin en 1975, habiendo muerto de repente poco antes de ver editada su obra en 1978 por la misma universidad), está dedicada a Carlos III, la intermedia al criollo del Socorro Juan Francisco Berbeo, jefe de la expedición comunera, y la última a Antonio Caballero y Góngora, arzobispo-virrey de Nueva Granada, firmante, con los comuneros, y abjurante, de las capitulaciones de Zipaquirá. Son los protagonistas del relato. Sin embargo, hay un claro contraste entre estos dos libros: el de Phelan se puede leer en un solo y largo aliento, mientras que el otro, el fárrago, la hojarasca de las ponencias (profesores de la Universidad Nacional [Bo-

gotá], Industrial de Santander, Univalle, Cinep/Uniandes) hace penosa la lectura y mínimo el provecho. Se trata de una diferencia de estilo y de objetos de elección, diferencia de pasiones, aunque comparten importantes puntos de vista. Encontramos, por otra parte, importante la ponencia de Diana Marcela Rojas (Iepri, Universidad Nacional) sobre la necesidad de releer la historia política nacional desde la perspectiva de las relaciones internacionales, y la de Óscar Almario, de la Universidad Nacional (sede Medellín), que recrea las preguntas de Germán Colmenares, sobre el valor imprescindible de los estudios regionales y la historia de la constitución, frágil, de las etnias, los negros en particular, en Puerto Tejada, en Cauca, en el Valle. Apreciamos también la ponencia breve de Alberto Bejarano, de la Universidad Nacional, sobre un caso de prensa de oposición en la pluma de Pedro Escudriñez, seudónimo de columnista del periódico El Autonomista, y de El Debate, hacia 1896 y 1898, crítico

feroz del régimen impuesto por la Regeneración de Núñez y Caro, ¡Oh gloria inmarcesible! Si no fuera por estas ponencias, a propósito del libro que reseño, vuelve por fuerza la cuestión de Nietzsche-Goethe en la *Segunda consideración intempestiva* (1874), la cual arranca el filósofo con la cita del poeta, y que se aplica casi enteramente a este libro editado por la Universidad Nacional, con mínima instrucción y mucha erudición, cuántas citas, y en cambio, estas mismas palabras no le cuadran al de Phelan. Dice Goethe: "Por lo demás, yo detesto todo lo que no hace más que instruirme, sin aumentar mi actividad o vivificarla inmediatamente". Si tales estudios no producen de veras un *movimiento*, y se limitan a una *reflexión*, o a una *comunicación*, a una repetición o a un mero trabajo de archivero, ¿de qué nos sirven? El título del texto que reseño evoca el del libro editado originalmente en 1978 por Mario Arrubla, quien también lo introduce: *Colombia hoy, perspectivas hacia el siglo XXI*, reeditado con prólogo de Jorge Orlando Melo y con adiciones en 1991, escrito a varias manos. Y es preciso volver hoy a las palabras del mismo Arrubla en su ensayo en este libro: *Síntesis de historia política contemporánea* (1978): "El libre juego de las ideas políticas tiene que presentar gravísimos interrogantes cuando se revele en gran medida inocuo frente a los males de la existencia social". Insiste al final en que las ideas "incapaces de articularse con la realidad social tienen bloqueado el acceso a la seriedad". No se trata para nada del pesimismo del para qué la poesía en tiempos de vacas flacas, del nihilismo del para qué la historia política, o de si está muerta; no se trata de idealismo tampoco, se trata de otra cosa. Sin duda, de resistir. Los ojos del espíritu son un animal que salta, y el duende trasega los bordes del pozo donde mana la herida. Es superflua, y es vana, la pregunta que se hace Óscar Almario encabezando su documentada y bien escrita ponencia, sobre el suroccidente de Colombia: "Si la Historia Política ha muerto o está de



vuelta es algo que debemos discutir ampliamente [...]” (pág. 117). Teófilo Medina, en la primera ponencia del libro acerca de la historia comparada, cita a Colmenares cuando se refiere al *ensimismamiento* de casi todos los historiadores (pág. 17). Sin duda, en el sentido de que hace falta la “historia comparada”, como relievra el profesor Medina; sin embargo, nos parece que Colmenares apunta sobre todo a la idea, que vuelve a traer Diana Marcela Rojas en su ponencia citada, acerca de “la necesidad y la importancia de una relectura de la historia política del país desde una perspectiva internacional” (págs. 328-329), por cierto en mora. Nos parece valioso el objeto del ensayo de Almario sobre los estudios históricos de Cauca, Nariño, Valle, su pretensión de avalar los estudios regionales —dentro de una historiografía generalmente centrada en una especie de antigua parroquia alrededor del Estado donde la lengua se estanca—, el estudio de la configuración de los conflictos y las economías de los medios, de las regiones con sus etnias, haciendo así bascular el centro grávido de la mayoría de los estudios de este talante, condenados a repetir la historia de la Construcción de la Muralla China (véase el cuento de Kafka); es decir, de la soberanía, o del Estado-nación, objeto de muchas ponencias en este libro: la de Armando Martínez Garnica, de la Universidad Industrial de Santander (Uis), la de Fernán González del Cinep, la de Ingrid Johanna Bolívar, del Cinep/Uniandes, la de Fernando Estrada de la Uis, la de José David Cortés, de la Nacional (sede Bogotá). Aun si cada una de éstas tiene su objeto específico, la última, por ejemplo, “Lecturas sobre la Iglesia católica como actor en la historia política colombiana”, el real tema de estos ensayos es la cuestión de la construcción del Estado-nación, condensado en los procesos que han tenido lugar, por ejemplo, entre la Iglesia y el Estado, en el caso de esta última ponencia del profesor Cortés, en la llamada Regeneración. Son ensayos que recaen en un *ensimismamiento*,

lo cual nos hace pensar en la antigua prohibición colonial de impedir el acceso a estas colonias ensimismadas de cualquier extranjero, menos con la pretensión de trazar mapas. Con todas las citas de textos escritos por autores extranjeros, las ideas que a través de casi todos ellos traen el grueso de estas ponencias, en rigor, no vienen de *afuera*, no traen aire que respirar, no son novedosas y no son pertinentes a la hora de hacer un diagnóstico de la problemática colombiana; ventilan el mismo reducto en torno a las “debilidades de Estado”, salvo ciertas luces ocasionales, los autores norteamericanos, por ejemplo, sobre la delincuencia urbana (1930-50) que cita Adolfo León Atehortúa (Univalle), en su ponencia “La historia política a través de sus actores”, salvo ciertas apreciaciones de Daniel Pécaut. Todavía seguimos siendo xenófobos, en cuanto está prohibido a los extranjeros trazar mapas de la nación

—fue el caso de Bolívar y de Sucre, venezolanos—, prohibido incluso a un nativo-extranjero-en-su-propia-tierra, como, de cierta forma, fue el caso de J. E. Rivera, de Neiva (Huila), quien logró, pese a la *prohibición imperante* hasta el sol de hoy, y a costa de sí mismo (muere de cuarenta años en Nueva York), pintar, hacia 1924, en una obra intempestiva, un mapa vivo y genuino del país.

Ingrid Johanna Bolívar (Cinop/Uniandes), que cita a Phelan en su ponencia “La interacción histórica entre política y cultura”, quiere dar un ejemplo, con el tema de la revolución de los comuneros, de una especie de estrabismo común a muchos historiadores. ¿Incluso Indalecio Liévano Aguirre, con sus *Conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, al que cita Phelan, objetando su postura frente al *fiasco, el fracaso* de los comuneros? Según Liévano, éste ocurrió sobre todo por la defecación o traición de los patricios, del





criollo Berbeo y los demás de la Junta y los de Tunja, quienes temieron el empuje que tomó el movimiento en un momento dado. Phelan asegura que no hubo tal fiasco, y que el movimiento comunero, de carácter más bien “tradicional” que revolucionario, fue un gran logro para casi todos los sectores que tocados por las reformas económicas de Carlos III, los viejos y nuevos monopolios de tierras, tabaco, sal, y aguardiente que, aún bajando los precios, lograban consolidar su monopolio, y de esta forma recaudar más y mejor dinero en las arcas reales para las fracasadas guerras de España con Inglaterra, con Francia, en las mismas colonias.

colectiva”, a una “representación fantasiosa” de la sociedad. Escribe Medina: “Yo diría que el mito nacional colombiano se plasma en la utopía-pesadilla de la violencia, de su inevitabilidad y persistencia. En este orden de inquietudes Daniel Pécaut anotó hace ya algunos años: ‘Fue preciso que viniera finalmente Gabriel García Márquez para ofrecer el gran mito de la historia colombiana: el estallido del espacio, la inmovilidad del tiempo, la condena a la repetición’. Con dureza la omnipresencia de la violencia no sólo golpea la cotidianidad de todos, sino que la pesadilla constituye la atmósfera ominosa de inteligibilidad de nuestro pasado” (pág.

mito, la pesadilla de Norbert Elias y de Medina, la violencia, también es una novela, *La vorágine*, y no sucede en los libros sino afuera, en el mundo, en la vida corriente, incluidas las fantasías y las fiebres del genial Rivera, quien, con ella bajo el brazo, para promover su traducción al inglés y una edición en Nueva York, consiguió tiquete de ida y vuelta, aunque lo devolvieron ya muerto. Inaugurando, o casi, la aviación en 1928, el poeta, luego de traer, con su novela, un viento de *afuera*, murió ahí, donde estuvo a menudo, en sitios de frontera, afectado por el asunto de los mapas, siendo funcionario del Estado, y sobre todo cuando creó su obra narrativa, la cual vuelve a inventar una lengua dentro de otra lengua, un viento vivo y temible de *afuera*, esta vez del corazón de la selva ecuatorial, vórtice, vértigo que atrae a Arturo Cova y los personajes de esta obra, ahí donde pulula la cruzada de tambochas, a la hora del lobo, que es la hora más oscura de la noche. Utopía, literalmente, del griego *u-topos*, quiere decir, No-lugar, *nowhere*, en ninguna parte. Se refiere a algo que no tiene lugar, aunque no sea imposible, algo que no es actual, *nowhere-hoy*, carece de memoria y de presente. Pero *nowhere* también puede leerse *now-here*, así que en ninguna parte es ahora y aquí. La novela, esta fabulación o delirio del poeta, es el reloj que se adelanta y es la pura latencia del clima nacional, el mapa genuino, nada de mitos, es una utopía (*nowhere*) ahora y aquí (*now here*). Pero ocurre que los árboles impiden ver el bosque y no se ve sino la polvareda de la guerra, la violencia. En casi todos los estudiosos de la historia en Colombia, Ricaurte en San Mateo en átomos volando (invento de Bolívar). Se pierde la trama sutil que arma día a día los hilos de la telaraña, el arte de la captura, ¿una utopía, una “representación fantasiosa” la violencia en Colombia? Gabo y Botero tienen mucho en común; virtuosos y perversos artistas, pintan la violencia y de tal manera, que nos dan



El profesor Medina, por su parte, en su ponencia sobre la historia comparada, declara que “en Colombia la construcción del mito nacional ha tomado una forma paradójica” (pág. 25). Cita a Norbert Elias (autor recurrente en estas ponencias), que se refiere a una *utopía* alimentada “por la imaginación

26). ¿Mito-utopía-pesadilla, la violencia? Evocamos las primeras palabras de la novela de José Eustasio Rivera, siempre actual, como acabada de salir del horno, de las puertas del *Inferno*: “Antes de apasionarme por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia”. Así que ésta, la utopía, el



—en el caso de Botero, junto con su colección de pinturas—, las buenas maneras de escribir, de pintar, en lugar de darnos la buena escritura y la buena pintura. Sucede, para mejor captar la diferencia, como en el caso del francés cuando dice que los ingleses tienen las buenas maneras en la mesa, mientras que los franceses tienen la buena mesa, aunque este mismo francés decía que si él no fuera francés, sería un inglés, a lo que el inglés, obstinado, insular, igual que Botero y Gabo, dice: “Si yo no fuera un inglés, sería un inglés”. ¿Incorruptibles hasta el sol crepuscular de hoy, en el ojo del huracán del corazón de las tinieblas? Tenemos, por otra parte, sin embargo, acerca de este *mito de la violencia*, que el mismo Daniel Pécaut, citado por Medina en su ensayo, escribe, en *Orden y violencia*: “La violencia es consustancial al ejercicio de una democracia, que lejos de referirse a la homogeneidad de los ciudadanos, reposa en la preservación de sus diferencias ‘naturales’ [...] y que, lejos de aspirar a institucionalizar las relaciones de fuerza que irrigan la sociedad, hace de ellas el resorte de su continuidad”. Nos parece que estos ensayos referidos, centrando sus análisis alrededor del tema del Estado-nación, igual que la mayoría de los estudios sobre la violencia, no dan en el punto, cogen el rábano por las hojas, ensimismados, no ven sino la polvareda, confunden el efecto con la causa, el síntoma con la enfermedad, la parte y el todo, porque el todo, o casi, es la guerra, y una muy peculiar, sutil pese al ruido, más bien micro que macro, molecular, flotando hoy en el aire cotidiano igual que un meteoro, grávida, el acontecimiento. Es preciso traer a cuento los análisis de Giorgio Agamben acerca de la soberanía y sobre la fractura de la tríada Estado-nación-territorio, en su obra *Medios sin fin. Notas sobre la política* (1996). Acerca de la soberanía del Estado: “el poder no tiene hoy otra forma de legitimación que la *situación de peligro grave* a la que apela en todas partes de

forma permanente y que al mismo tiempo se esfuerza en producir secretamente (¿cómo no pensar que un sistema que ya sólo puede funcionar sobre la base de una situación tal no va a seguir también interesado en mantenerla a cualquier precio?)”. Así también, los refugiados y los desplazados revelan la crisis, la fractura del Estado-nación-territorio: “En la decadencia del Estado-nación y corrosión general de las categorías jurídico-políticas tradicionales, el refugiado [el desplazado] es quizás la única figura pensable del pueblo en nuestro tiempo y, al menos mientras no llegue a término el proceso de disolución del Estado-nación y de su soberanía, la única categoría en la que hoy nos es dado entrever las formas y los límites de la comunidad política por venir”, declara Agamben.

quía. Podría pensarse sí en una radical transferencia de poder de los españoles a los criollos, bajo el manto protector de la legitimidad monárquica. [...] Ni Carlos III [con sus reformas tributarias radicales] ni sus leales vasallos en la Nueva Granada lograron sus utopías. Las utopías tienen la costumbre de esfumarse cuando nos acercamos a ellas. [...] Sin repudiar jamás su lealtad a la corona, Galán no tenía ninguna idea consciente, ni siquiera en embrión, sobre la conveniencia de darle un nuevo orden a la sociedad”. ¿Ni siquiera en embrión? ¿Por obra de Cronos (Saturno) devorando a su criatura, culebra que se come, o se muerde, por la cola? ¿Era impensable un mundo sin monarquías, en los mismos pueblos indios viviendo al margen de los centros chibchas, a distancia del imperio inca, nómadas, salvajes y



En el prefacio a su libro *El pueblo y el rey*, John Phelan escribe: “En la Nueva Granada de 1781 era impensable un mundo sin monar-

libertarios en mucha parte del territorio colombiano? El mismo libro de Phelan narra los tumultos provocados por los incas y Túpac



Amaru en Perú justo por este mismo tiempo, y trae la proclama de éste, "Acta de la Independencia de la corona española" (como diría Bolívar de la carta de Lope de Aguirre al rey, primera acta), reproducida, con sus propias palabras, muy pronto por los indios del Cocuy en el norte de Boyacá y por los indios de Silos en Santander, en mayo-junio de 1781 (Galán es cazado en septiembre), llevando leña al fuego de la sublevación comunitaria. Los capitanes del Cocuy escriben a los indios de Támara, Ten y Manare en los llanos —leemos en el libro de Phelan—: "les participamos cómo hay coronado Rey nuevo en las Indias, y se llama el poderoso don Josef Francisco Tupa Amaro [...] Les participamos que se han levantado muchos lugares: ciudad de Vélez, villa de San Gil, el Cocuy, Mogotes, Santa Rosa y otros". Ingrid Bolívar cita a Phelan, cuando dice que con las capitulaciones de Zipaquirá (repudiadas por las autoridades) casi todo el mundo obtuvo un beneficio, "ricos y pobres, patricios y plebeyos, blancos, indios y negros libres. Sólo quedaron por fuera los esclavos negros" (pág. 381). ¿En que clase está Galán, hijo de español pobre y de mestiza o mulata, ahorcado, degollado y descuartizado, ese "hombre de oscurísimo nacimiento" —con sangre mulata, igual que Bolívar—, en palabras del arzobispo Caballero y Góngora, el "Pacificador" del momento? Hay que ver cuáles fueron las "concesiones significativas", luego de restablecer el orden colonial, ya repudiadas las capitulaciones de Zipaquirá, que hizo el virrey a las comunidades. Hay que ver qué pasó en verdad con los indios, con sus resguardos y sus pueblos "a son de campana", ahora sin las salinas de Nemocón, expropiadas por el fisco real.

Que, con la cruda sentencia aplicada a Galán, la Audiencia hizo de él un mito, sostiene Phelan. Ingrid Johanna, por su parte, en su ponencia, asevera: "La política ni en ese entonces ni ahora implica escoger entre lo bueno y lo malo, sino entre

lo malo y lo menos malo". Qué esperanzas. Hacia el final del libro, escribe Phelan: "El movimiento de independencia fue esencialmente aristocrático e intelectual. No fue el levantamiento de las masas laboriosas y oprimidas". Expresa además: "Ni Carlos III ni sus leales vasallos en la Nueva Granada lograron sus utopías. Las utopías tienen la costumbre de *esfumarse* cuando nos acercamos a ellas" (el subrayado es mío). Leamos esta afirmación junto con las últimas palabras del libro: "Por mucho que los patriotas colombianos deban respetar el recuerdo y las acciones de Juan Francisco Berbeo y de José Antonio Galán, los comuneros, en última instancia, eran voceros de un mundo que pronto habría de *esfumarse* en el pasado. Fue Caballero y Góngora quien, sin darse cuenta, abrió la puerta que daba al futuro". Se refiere, particularmente, a las acciones del virrey tendientes a liberali-

zar la educación e impulsar la producción de sus vasallos, sobre todo en el Socorro y villas aledañas, San Gil y demás, cuna de las sublevaciones. La propiedad del notable texto de Phelan es que trae, entreveradas y muy precisas, las pruebas que demuestran algo más bien contrario a su tesis manifiesta, como una especie de culebra que se muerde o se come por la cola, pues la escritura viva secreta.

Con el libro editado por la Universidad Nacional, uno aprende algo, aun si termina remal, con la ponencia de Fernando Estrada, de la Uis, acerca del *provechoso* expediente que pueden ser las metonimias y las metáforas para comprender la naturaleza del conflicto político-social y ayudar a sus soluciones parciales. Uno cree en las metamorfosis, no en los mitos y en las metáforas.

RODRIGO PÉREZ GIL

